

arruinó totalmente.

Mi aventura americana duró dos o tres temporadas y no porque mi colección no se vendiese, sino porque nunca me mandaban dinero. Llegó un momento en que me debían dieciocho millones de pesetas -de entonces-. Y tras un viaje a Nueva York y mi contacto con abogados americanos, supe que el dinero de la tienda había desaparecido por arte de magia y también supe que jamás recuperaría lo enviado a EE.UU."

Bancarrota en la empresa y una profunda crisis personal.

Sale de su letargo con la ayuda de Segundo Martino, estudiante de periodismo y fascinado por el diseño de Manuel. Le impulsa a otra nueva etapa. Ilusiones nuevas, frescura, fuerza que insufló al equipo y que hizo superar el mal momento y... soñar de nuevo.

Pero poco duró... alguien cortó el trigo cuando estaba empezando a crecer. Fue un industrial con sede en España, Juan José Ceppi gerente de SED, S.A.

"Esta mala bestia me había asaltado a principios de 1988 en un avión camino de Barcelona, no me gustó nada, pero quedé en mi despacho en Madrid para ver que quería. Vino a España con Pierre Cardin y había vendido colecciones de DIOR, SAINT LORAIN, OSCAR DE LA RENTA y ELIO BENAYER. Quería ser socio. Me habló de aventuras soñadas y deseadas conmigo. Pretendía el cincuenta por ciento de Manuel Piña.

Era el compañero ideal que yo necesitaba. El gran fabricante para producir un contrato con Japón. Innumerables tiras y aflojas y por fin firmamos el contrato por tres años.

Primera colección Primavera-Verano en 1990.

Segunda colección Otoño-Invierno 1990-91. La presento en la Pasarela Cibeles. Fue maravillosa. Lancé una mujer un poco militar, sensual, que agredía en su dureza... Disfruté intensamente.

Y a finales de octubre hago una rueda de prensa para comunicar a los medios mi marcha, que no me abandono.

Mucho se dijo, pero poco se supo, da igual. Los medios oficiales se sorprendieron pero entendieron que algo pasaba realmente y que en efecto, si un tipo como

yo, con un contrato con Japón para tres años y 1.500 millones de pesetas lo tiraba por la borda, debía tener mis motivos. Fueron muchos y todos de peso.

SED, S.A. era una empresa arruinada y el señor Ceppi con ella. Manuel Piña era su última esperanza. Quería darme la estocada final pero no lo consiguió.

Pronto se recibió la anulación del contrato por parte de SED, S.A. sin ninguna indemnización y adeudándonos millones... entre unas y otras cosas y lo que era peor, una gran producción nacional y japonesa sin solucionar. Sobre todo me dejaba más "tocado de muerte" de lo que nunca estuve.

Pero realmente nunca dije que mi marcha del mundo del diseño, el cierre de mis talleres y de mi tienda hubiese sucedido sólo por la mala faena de este legionario sin escrúpulos. No, no sería cierto. Él, solo puso una gota tan negra en mi copa que rebosó. Esta copa estaba llena de cansancio y desesperación".

Con todo, es imposible que Manuel Piña deje de tener esperanza. Su posición en la vida es siempre de lucha, de no arredrarse ante las dificultades: proyecta montar su propia industria como Adolfo Domínguez o Roberto Verino, una fábrica que daría trabajo a cien personas.

"Y entonces el día 21 de mayo en el que cumplía 46 años, solo en mi casa con mi perro, decía que no, que en esas condiciones no me interesaba trabajar ni un día más. Sería como ahogarme dentro de mi propio pozo.

Siempre quise ser sólo diseñador de emociones fuertes. Hacía mucho tiempo que no soñaba ni con dinero ni con fábricas. Recordé la promesa hecha a mí mismo tres años atrás en mi tierra. Y supe que la nube negra que cubriría la luna se aproximaba. Sentí que el final como diseñador para la industria había llegado.

Comencé en silencio, sin hablar con nadie, a diseñar el paso final. Estaba muy próximo. Decidí no pre-

sentar la colección de la temporada de verano 1991.

El mismo día que me despedía de mi equipo recibí la confirmación oficial por parte de la dirección de Correos de haber sido elegido entre todos los candidatos para diseñar los primeros uniformes del cuerpo de Correos. Cincuenta mil hombres y mujeres de mi país, se encargarán de llevar la etiqueta de Manuel Piña sobre sus almas. Ellos podrán hablar del último trabajo (casi un regalo caído del cielo en recompensa), de un hombre castellano que debía haber sido campesino. Pero que cambió la tierra y labró las pieles de sus mujeres morenas y firmes. Que como buen campesino en esencia, labró cosecha tras cosecha, una tierra dura y difícil. Que conoció triunfos y fracasos y que vivió intensamente su tiempo.

Gracias a todos los que me ayudaron y creyeron en mí, que fueron muchos. Y juro no volver a recordar a los que me hicieron daño, que fueron pocos".

Manuel Piña pone fin a su libro del que he entresacado un poco de su historia. Doy fe de que ha terminado su camino con la paz de un recio hombre de bien.

TEREPINES

